

Concurso de Relatos: El anhelado otoño subbético



Cuando en el 1982 hube de trabajar casi todo el año en Almedinilla, seguían persistiendo los estandarizados modelos de lápiz y bolígrafo; el incipiente universo informático de gestión presagiaba el final del antiguo sistema administrativo, mantenido a lo largo de muchos años.

Aunque se usaban unas sumadoras mecánicas y las máquinas de escribir eran omnipresentes, lo cierto es que los sistemas de administración y control, junto a una línea telefónica necesaria, estaban basados en los famosos libros de contabilidad, fichas, partes escritos diarios y mucho conocimiento de los clientes.

Ahora se mencionan los tratamientos comerciales personalizados, pero entonces sí que era realmente personal el vínculo y conocimiento de los clientes. Para ello, se hacía necesario memorizar apellidos y número de cuentas, porque cuando las normas de control eran menos exigentes y la venta más fiel, las relaciones trascendían con frecuencia el ámbito comercial.

La visita a algún cliente con enfermedad propia o de su familia mostraba preocupación por mitigar su dolor. La presencia en los sepelios era de necesaria obligación. En definitiva, bajo el contacto interesado, subyacía una preocupación humana que era de agradecimiento colectivo. En ese contexto laboral, y estando en mi propio pueblo, esos meses me dieron la oportunidad de conocer a muchos paisanos y de acrecentar el cariño a mi tierra.

El verano, mucho más agradable que en la capital, se prodigó en visitas a los alrededores (aldeas y pueblos colindantes) y, especialmente, a los festivales y concursos flamencos.

Recuerdo siempre un “salmorejo flamenco” donde un buen grupo de paisanos heterogéneos celebramos una noche apoteósica de disfrute y hermandad.

En septiembre (y al contrario del último vivido) el frescor agradable se notaba en las acortadas tardes. Con la llegada de octubre y cuando los caquis, membrillos, granadas, almezos, manzanos, nogales, etc. daban su fruto, los árboles de hoja caduca iniciaban los cambios de fisonomía estacional.

Cuando las noches han ganado al día, la clorofila se va deteniendo hasta que deja de “fabricarse” y así las hojas van tomando esos coloridos rojos, amarillos, naranjas y ocres tan atractivos, las tonalidades cambian según el tipo de árbol y la evolución de los días.

Poco antes del atardecer, era muy normal salir a andar por la carretera que lleva a Fuente Tójar. Decían: “¡¡vamos al Ruedo!!” Así se formaban grupos de paseo de vecinos y amigos. La carretera iba ascendiendo levemente en dirección norte y pronto se te presentaba a la derecha la perspectiva de la ribera del Caicena y las huertas de Almedinilla primorosamente labradas, con esa pátina cromática en su diversa arboleda que hacía la vista placentera.

Por encima, las sierras pegadas al pueblo recogían la nostalgia de otoño en un sentimiento de pertenencia de los paseantes, reforzando la adscripción al terruño.

Pero lo que a mí me hechizó de aquel otoño, y de ahí la presente evocación, fue una percepción de pronto descubierta: la sensación de paz que embargó mi ánimo. Si la temperatura era deliciosa, el agotamiento del día se me hacía embaucador. Pasaba la tarde con esa quietud de paz tan agradable, mantenida por deliciosos momentos, como si los elementos físicos se conjugaran para descubrir la tarde y la noche desde una “Arcadia” regalada.

Había junto a mi domicilio un bar que se llamaba “Los Pajaritos” y su dueño era un personaje pintiparado para lo expuesto. Su sola presencia cadenciosa e irónica, llenaba de sentido el paseo. Era su compañía grata, con reflexiones sabias y cada paseo se me antojaba como cuando en el servicio militar estaba de fin de semana, no quería que se acabara la hermosa y

Algunos días, la lluvia hacía acto de presencia y, pese al temor que las tormentas originaban,

los olores de tierra mojada se mezclaban con los de los árboles y las hojas anticipaban su caída. Nos colocábamos los primeros “saquitos” con sensación placentera.

Más tarde, algunos días me acercaba a Los Pajaritos, donde el camarada de paseo (fue teniente republicano) llevaba su bar con unos detalles únicos. Como todos los bares, tenía su televisión en alto, pero aquí estaba en la entrada y como el ángulo no era muy amplio, determinó colocar unos espejos de forma que casi todos podían verlo. Sin embargo lo más original eran los catavinos: estaban numerados y cada cliente tenía su número. Yo no llegué a poseer número, quizás porque me faltó tiempo y mi capacidad era entonces escasa, pero me quedé con la gana. Mi padre tenía un número bajo reservado para él, a pesar de vivir esos años en Córdoba.

Desde entonces, el otoño ha sido mi estación preferida y hasta lo he ido acompañando de mis “audiciones de música otoñal”, como si nuestra sensibilidad hacia el predominio incesante y transitorio de la noche nos llevara a cierta introspección.

Precisamente, una tarde y su noche completa las pasé con dos amigos en el Puerto del Cerezo, junto a la falda de la Sierra Alhucemas y frente al pico Bermejo, a 1.300 metros altura. No nos faltaba aquel primitivo magnetofón a cassette de Philips para mantener la vinculación musical. Subimos al pico para ver la puesta del sol y cuando regresamos a la tienda de campaña, las distancias parecían dilatadas y distintas. De pronto, la rápida oscurecida te ofrecía como otra dimensión de la existencia y engañaba tu percepción. Aunque no era desagradable, sentí una gran pequeñez en aquel majestuoso circo de montaña y por eso lo he evocado.

Más tarde, ya sea en la playa o en la campiña, siempre las mejores perspectivas del cielo fueron de otoño. Y últimamente intento plasmarlo con este artilugio llamado móvil, que busco con la mejor cámara para reflejar la ocasión que se presenta.

El tiempo hace siempre su inexorable labor, pero aún mantengo la suerte de narrar tan emotivos y mágicos recuerdos. Al final, si la vida acompaña, en nuestro “otoño” regresamos a los orígenes y deseo con anhelo que estos sean siempre subbéticos.